

Reflexiones en torno a la transformación del cronotopo *borde en corredor* en la narrativa de María Rosa Lojo

Marcela Crespo Buiturón

El hombre es una unidad, unidad lamentablemente dividida, estropeada, malograda por una civilización racionalista. Todo eso hace más difícil mantener la unidad, pero son los artistas, precisamente, quienes mejor la han mantenido y preservado... El arte tiene esa misión: es una misión sagrada.

Ernesto Sábato, *Sábato oral* (1984).

INTRODUCCIÓN

La problemática identitaria de los sujetos en tránsito –emigrantes, exiliados– en la obra de María Rosa Lojo constituye un eje vertebrador –no el único, desde luego, pero sí uno de los de mayor envergadura– de la totalidad de su obra, tanto ficcional como metaficcional. Desde sus primeros textos publicados: *Visiones* (1984), *Forma oculta del mundo* (1991) y *Esperan la mañana verde* (1998), todos ellos pertenecientes a su producción poética; y su primer volumen de cuentos, titulado *Marginales* (1986); así como su apertura a la novelística con *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* (1984), hasta el *Libro de las Siniguales y del único Sinigual* (2011), peculiar relato cercano a los cuentos de hadas –o de fadas, para ser más precisa, ya que el texto fue publicado en gallego por la editorial Galaxia Gutenberg en una edición realmente de lujo– y *Bosque de ojos* (2011), volumen de microficciones y otros textos breves, la presencia de dicha problemática es indiscutible.

Considerando solamente la obra narrativa, en atención a la brevedad de este ejercicio y a la focalización propuesta por Esmeralda Broullón Acuña, con cuyo artículo “Linajes y culturas diaspóricas lojianas. La genealogía como dispositivo de protección en el exterior” (Broullón Acuña 2013: 5-14) pretendo entablar un diálogo, es lícito apuntar que *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, la primera novela de Lojo, presenta ya, con una evidente carga autobiográfica, la historia de un exiliado republicano español, su esposa y sus hijos –estos últimos nacidos en Argentina–, en la que la recreación del mundo hispánico, idealizado en el recuerdo de los padres y reafirmado en las costumbres y la lengua peninsular que se habla dentro de la casa, será una imposición constante para los hijos y una fuente de vivencias ambiguas y perturbadoras al intentar conciliarlas con la realidad exterior del país en el que se han afincado.

Por su parte, *La pasión de los nómades* (1994) –la siguiente novela publicada por María Rosa Lojo, con la que la autora comienza una serie de textos narrativos cuyos protagonistas son figuras emblemáticas de la historia nacional argentina, algunas más conocidas y otras un tanto silenciadas– convoca, entre lo histórico, lo fantástico y lo mágico, a un antiguo general de división, Lucio V. Mansilla, una suerte de exiliado de la historia, quien aparece en forma fantasmagórica a finales del siglo XX, en una Buenos Aires un tanto diferente a la que lo vio nacer más de un siglo antes. En este retorno, trará relación con un hada gallega, Rosaura dos Carballos, y con su tío Merlín, el conocido personaje de la saga artúrica, quienes, luego del viaje transoceánico que los convierte en nuevos y anacrónicos exponentes de la inmigración europea, y junto a un *valet* también gallego, emprenderán una nueva excursión a la tierra de los indios ranqueles¹, una *incursión*² que no sólo implicará la rememoración de tiempos pasados, sino una suerte de viaje iniciático en el que se buscará y problematizará la verdadera esencia y sentido de la historia y de la identidad propia y colectiva.

Las siguientes novelas también estarán transitadas por personajes que presentan, de una u otra forma, los mismos cuestionamientos identitarios de los sujetos en tránsito: *La princesa federal* (1998), *Una mujer de fin de siglo* (1999), *Las libres del Sur* (2004) y *Finisterre* (2005), cuyas protagonistas –Manuela Rosas, la Niña, hija del Gobernador de Buenos Aires; Eduarda Mansilla, escritora, hija, hermana y esposa de militares y diplomáticos porteños; Victoria Ocampo, una de las más destacadas intelectuales del mundo literario argentino, fundadora de la revista *Sur*; y finalmente, Rosalind Kildare, inmigrante gallega con raíces irlandesas que es capturada por los indígenas, y Elizabeth Armstrong, hija de una nativa ranquel y un comerciante inglés; respectivamente– son mujeres en continuo diálogo con otras figuras femeninas de la Tierra Adentro, las *machis* ranqueles, o con sus equivalentes celtas, *fadas* o *meigas* gallegas, que atesoran la misma magia antigua. Todos estos personajes son convocados por Lojo por lo que tienen de inmigrantes, exiliados o autoexiliados, es decir, de nómades. Otro tanto sucede con sus volúmenes de cuentos: *Historias ocultas en la Recoleta* (2000) y *Amores insólitos de nuestra historia* (2001), que no trataré aquí para no extenderme demasiado.

A lo largo de su narrativa, Lojo había ido dibujando, paulatina y cuidadosamente, un espacio que se convirtió en uno de sus principales cronotopos: el *borde*, único espacio posible para los exiliados, así como para sus hijos, un lugar de refugio en el que se permite la convergencia de los opuestos (lo propio y lo ajeno; lo español y lo argentino; el pasado y el presente; etc.), aunque también reafirme la exclusión de sus personajes de un centro irradiador de sentidos. Lojo continúa trabajando, entonces, en la construcción de ese espacio e intenta despojarlo de sus cualidades negativas, no sólo en sus textos ficcionales, sino también en los metaficcionales. Desemboca así en una propuesta que parece conseguirlo y que analicé más exhaustivamente en mi tesis doctoral:

La reformulación del concepto de símbolo literario³ a partir de su vinculación con el concepto freudiano de lo siniestro [... apelando] a la restitución de una unidad que se entiende como lugar de encuentro de sentidos que no sólo logran su correspondencia a partir de la analogía, sino que denuncian la realidad facetada del mundo. Así como la ambigüedad del término *das heimlich* lo acerca a su opuesto⁴, como la naturaleza ambivalente del símbolo asegura la coexistencia de sentidos contrarios que se complementan mutuamente, del mismo modo el *borde* –imbuido de la misma característica– diluye su oposición con el centro, convirtiéndose también él en productor de sentidos que se constituyen en la otra cara de su opuesto y que aseguran el regreso de sus marginales a esa unidad, el original perdido de Lojo, que es la herencia ancestral que ha sido borrada de la memoria (Crespo 2008: 229-230).

Pero entonces aparece *Árbol de Familia* (2010), novela que reconstruye la historia de sus antepasados maternos y paternos. Dividida en dos partes, en dos mitades al igual que España a partir de la guerra civil, la nueva obra de Lojo hace dialogar sus orígenes: el gallego, en el primer título “Terra pai” (tierra del padre) y el castellano-andaluz en el segundo, “Lengua madre”, provocando un giro inesperado que entiendo desbarata –o al menos, desestabiliza– la eficacia del *borde*.

EL FRÍO VIENTO GALLEGO VUELVE A VIOLENTAR LA CALMA: EL BORDE NO ES UN CORREDOR

Desde *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, el *borde*, como he anunciado en la introducción de este ejercicio, siempre fue un espacio de refugio. En Castelar, el barrio del oeste, esa orilla en la que confluyen la ciudad de Buenos Aires y el Interior o Tierra Adentro (La Pampa), se instala la familia Neira, primera en la larga tradición de nómades lojianos, y enfrentan su desarraigo, tanto los padres como sus

hijos, emprendiendo una conflictiva búsqueda de identidad personal y nacional. Desde allí mismo, como lugar de encuentro, de punto de partida, de puerta hacia una búsqueda decididamente ontológica, otros desterrados iniciarán su incursión a tierra ranquel en *La pasión de los nómades*. Todos sus personajes femeninos en las siguientes novelas se instalarán en diferentes formas de ese *borde*, usurpando espacios tradicionalmente masculinos, pero sin abandonar su femineidad, desde una nación periférica, Argentina, o desde el lugar donde se acaba el mundo europeo, Finisterre, constituyéndose en personajes marginales, transgresores del orden establecido: machis ranqueles, hadas irlandesas, gallegas o argentinas. Y así llega *Finisterre*, la novela que cumple la utopía del exiliado y de la segunda generación del exilio, sus hijos: “Y cuando estoy de pie, sobre el acantilado, bajo el faro del fin de la tierra, con las ropas transidas por la lluvia inversa de las olas, soy Rosa, la hija de María Josefa y del irlandés, y soy Pregunta Siempre, la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte” (Lojo 2005: 181). Rosalind Kildare o Pregunta Siempre da término a su larga *peregrinatio* en el fin del mundo, en Finisterre –donde también culmina el famoso Camino de Santiago, aunque muchos crean que acaba en la Catedral de esa ciudad⁵–, luego de años de convivencia con los ranqueles, con una rotunda afirmación que elimina toda lucha estéril entre los opuestos: “Sin embargo soy dos. Soy las dos” (Lojo 2005: 181); es decir, la hija de Finisterre y la machi ranquel, la española y la argentina, la mujer del presente pero con todo el legado del pasado: sus dos patrias, sus dos lenguas, sus dos culturas, restituyendo así la unidad perdida en el exilio.

Cuando Esmeralda Broullón Acuña analiza en su interesante artículo la figura del *corredor*, nuevo cronotopo que Lojo presenta en *Árbol de familia*, dice⁶:

Rosa, en su tentativa de arraigarse a su última rama paterna construye una vía simbólica que le permite transitar entre ambas orillas y no extraviarse en la configuración de su identidad fragmentaria. Y es de este modo que concibe la idea del “corredor”, en cuanto a un lugar real que sirve a ésta como punto de partida en el que posicionarse ante la frontera que se erige el territorio construido como “ni de aquí ni de allá”. El corredor es el puente simbólico y físico –en cuanto que crea condiciones materiales de existencia– para el retorno. Ella es la narradora-creadora de este puente, lazo de unión, cuando el padre, perdida su memoria, no consiga regresar. Es así como podrá sentir rozar el viento que sopla o las campanas que llaman a los vivos y a los muertos (Broullón Acuña 2013: 10).

La idea es atractiva y yo también creo que no es ajena al plan trazado por María Rosa Lojo, pero entiendo que su personaje se le rebela dejando un par

de señales de alerta. Luego de la muerte de su padre, Antón el rojo, la narradora dice:

Tiempo después de su muerte, encontré el corredor. Ignoro si lo heredé o se abrió solo, único camino de retorno para mí, donde no había transitado nadie, ni siquiera él... Únicamente lo he visto desde la costa, o desde el aire, en los movimientos complementarios de llegar y de partir, desde el Cabo-De-Ninguna-Parte, flotando en la boya de las alturas, donde, como en la pampa, todas las direcciones son iguales, y en cualquier momento el viajero puede despeñarse hacia la deriva... (Lojo 2010: 133).

Esos movimientos complementarios "de llegar y de partir" me recuerdan penosamente otras palabras dichas por Lojo años antes: "Mirar la vida desde un 'no lugar' donde toda huella amenaza desvanecerse como una marca en el agua. Vivir sobre el agua, yendo y viniendo, flotando en la marea de la historia ajena que sin embargo aparece como la más propia. Desde estas contradicciones –que llegan a ser aporías– se dibuja un conflictivo perfil identitario" (Lojo, 2006: 95).

Ese lugar que sólo ve desde la costa o desde el aire no parece diferente del no-lugar que ya había planteado en su *Mínima autobiografía de una exiliada hija*, texto del que recorté esta última cita y que, desde el título mismo, ya denuncia la prioridad de su condición de exiliada sobre la de hija. Asimismo, es un espacio que no ha transitado ni siquiera su padre porque: "Había muerto en Buenos Aires y a pie. No hubo buque mercante ni dorna vikinga que llevase sus cenizas a Finisterre, el único lugar por donde las ánimas de los gallegos pueden entrar al Paraíso o al Infierno" (Lojo 2010: 112). Lugar al que tampoco la narradora accede, ya que ella no llega al Cabo de Fisterre, a ese final de la tierra original y perdido en el exilio, añorado desde Buenos Aires, sino al Cabo-De-Ninguna-Parte. El viajero que se pierde en la pampa (Argentina) tanto como en la boya de las alturas (Finisterre), quién es sino la exiliada hija, ficcionalizada una y otra vez en los personajes femeninos lojianos y, como bien dice Broullón Acuña, escondida detrás de su alter ego, Rosa, en *Árbol de familia*. Pero, por si esto fuera poco motivo para pensar en la ineficacia del *corredor*, la misma Rosa concluye frente a su tío Benito, al explicarle qué significa para ella ese espacio, que:

-Es como un pasillo –balbuco- para ir y venir, donde se está y no se está.

-Mala cosa, los pasillos. No hay más que corrientes de aire, y frío... Dónde vas a poner allí una buena cama para dormir cuando te canses.

-En ningún lugar –susurro-. No hay descanso (Lojo: 2010, 138).

La condena al eterno exilio ante la imposibilidad del regreso, con resabios de esas víctimas de la espera a las que Antonio Di Benedetto, otro exiliado

que habla desde y del exilio, dedica su novela *Zama*, parece cernirse nuevamente sobre los personajes lojianos, catapultados hacia una espera interminable. Tal vez, *Árbol de familia* sea un nuevo vaivén de la marea que les recuerda la deriva, aunque su autora no transija en su afán de restituir la unidad perdida a través de su arte, ese puente –puede que el único *borde* seguro– que es la escritura: "El arte tiene esa misión: es una misión sagrada", diría Sábato.

REFERENCIAS CITADAS

- Broullón Acuña, E.
2013 Linajes y culturas diaspóricas lojianas. La genealogía como dispositivo de protección en el exterior. En este volumen, pp. 5-14.
- Crespo Buitrón, M.
2008. *Andar por los bordes. Entre la historia y la ficción: el exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/andar-por-los-bordes-entre-la-historia-y-la-ficcion-el-exilio-sin-protagonistas-de-maria-rosa-lojo-0/>
- Lojo, M. R.
1997 *Sábato: en busca del original perdido*. Corregidor, Buenos Aires.
2005 *Finisterre*. Sudamericana, Buenos Aires.
2006. *Mínima autobiografía de una exiliada hija*. En *L'exili literari republicà*, coordinado por M. Fuentes y P. Tovar, pp. 87-96 URV, Tarragona.
2010 *Árbol de familia*. Sudamericana, Buenos Aires.

NOTAS

- 1.- La anterior fue la narrada por el propio Lucio V. Mansilla en su conocida *Una excursión a los indios ranqueles*, crónica de viajes novelada que su autor publicara en 1877.
- 2.- Hacia la Tierra Adentro, el interior del país, y hacia el interior de sí mismos.
- 3.- Puede consultarse para la ampliación de esta propuesta la propia tesis doctoral de María Rosa Lojo (Lojo 1997).
- 4.- Lo siniestro, lo que debería haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado, en alemán *das unheimlich*, es lo opuesto a *das heimlich*, que puede traducirse ambigualmente tanto como lo familiar, lo íntimo, como lo secreto, lo oculto. Estas últimas acepciones han sido llevadas más allá y desembocaron en lo ocultado, lo escondido, lo peligroso. En este sentido, *das heimlich* ha evolucionado de una forma ambivalente que lo ha acercado a su opuesto.
- 5.- La tradición dice que luego de llegar a la catedral de Santiago de Compostela para ver al santo, hay que continuar hasta el Faro del Fin del Mundo, en Finisterre, y quemar allí la ropa y el calzado utilizado en la peregrinación.
- 6.- Huelga explicar aquí quién es este personaje al que se apela, Rosa, porque ya lo hace Broullón en su artículo, dando cuenta también de la situación en la que se inscriben sus palabras.